

Perros calientes

Aquiles Negrete Yankelevich

Facultad de Ciencias

Las peripecias de un ciudadano en visperas de un asalto. Un cuento de la vida feroz

El autobús arriba una vez más a la terminal de autobuses de Oriente, TAPO. El doctor Fermín Gatija, que la observa aburrido desde su asiento, considera que debería llamársele GELATAPO. Imagina que con este nombre, su contenido debería ser de rompopo con incrustaciones de otras gelatinas en trozos cúbicos y transparentes. Con esta imagen, da pie a que sus pensamientos empiecen a improvisar y desmenucen así los últimos minutos de la larga y monótona espera. El camión se aproxima al andén de desembarque, el doctor continúa elaborando teorías con los derivados multicolores de la grenetina y aborda ahora el aspecto comercial de su producto imaginario. Trata de imaginar a los posibles vendedores gritando: ¡gelatines, gelatineees, hay de fresa, uva, naranja y gelatapeeeee!

Un silbido de frenos de aire anuncia la hora de dejar el autobús, finalmente concluye la tortura de las películas de acción traducidas a un es-

pañol que no se usa en ningún país de habla hispana donde: *come on Sue!* se traduce como: Vamos Sue!; *all right!* como De acuerdo! y *fucking bastard* como Mal nacido! El doctor Gatija no acierta a decidir si lo que más le turba de aquel viaje (que ha bautizado como la licuadora de miserias) es: lo repetitivo, las pésimas películas, la obligatoriedad de ponerles atención (por el alto volumen), las malas traducciones, los niños chilleando, los adolescentes masturbándose en el pequeño y solicitado baño, el flujo de los microbios en estornudos, toses y todo tipo de reciclaje de las mucosas, o el aire acondicionado repartiendo uniformemente

las flatulencias por todo el camión. Una representación medieval del purgatorio se invoca recurrentemente en la imaginación del doctor, pues salir de aquel sarcófago sin haber pescado alguna enfermedad es acto puro de sobrevivencia del más apto.



Al estar completamente detenidos en plataforma, el conductor anuncia el éxito de la misión y los viajeros, uno a uno, agradecen al bajar los servicios del empleado. Éste murmura algo incomprensible: *psvils...* No obstante, los pasajeros siguen su curso con la tranquilidad de quien recibió la respuesta que esperaba. El doctor trota apresurado, arrastrando un poco los pies y jaloneando su pesada maleta de equipaje rumbo a la caseta de taxis controlados. Mueve animadamente sus grandes nalgas mientras lucha contra el tiempo, es claro que los juegos del intelecto han dejado su huella en la carne. Los pasillos con piso de mármol son largos y fríos, espaciadamente se advierten señales que dirigen al metro y a los taxis. Finalmente llega a la caseta de taxis, pero ésta se encuentra cerrada. Un hombre, que espera ex profeso a los desdichados que

arriban a este punto con falsas esperanzas, ofrece sus servicios como taxista al doctor:

—No, ya cerraron, cierran a las diez, si quiere yo tengo un taxi— y agrega tratando de infundir confianza —yo estoy aquí todos los días. La estación está oscura y esto hace aparecer a cualquier personaje como sospechoso, incluyendo al interlocutor del doctor, que es un hombre bajo, moreno y bigotón con verrugas anidadas en el vasto cuello.

—No, muchas gracias, responde el doctor.

—Como guste— asiente el taxista, pretendiendo desinterés como

último recurso para conseguir inspirar confianza en aquel ambiente, donde la divisa más apreciada es justamente la seguridad.

El académico ya no responde a esta insinuación y se enfila resuelto hacia el metro, pues imagina que su mejor movimiento después de lo ocurrido es jugársela en el subterráneo, donde posiblemente tenga mejores probabilidades de no ser asaltado, que a merced de un personaje surgido literalmente de la oscuridad. La puerta de salida de la estación está

próxima, de manera que el doctor apresura el paso; hay un par de personas a punto de cruzar de la estación al metro, finalmente se deciden y salen presurosos a cubrir los escasos 45 metros que separan la puerta de la terminal de los giratorios del subterráneo. Afuera hay un gran número de puestos de tacos,

dulces, tortas y fayuca. De cada uno de ellos pende un foco mortecino, que como cíclope, observa con cierta malevolencia la suerte del nuevo jugador. El profesor de estadística percibe el peligro que rodea el surcar aquella escasa cuarentena de metros, advierte la escasez de tiempo para la contemplación y, apostando a su favor, emprende la carrera. El neurótico traslado es interrumpido después de algunos pasos, cuando advierte la sombra encriptada de 3 jóvenes atentos a su movimiento, y resuelve regresar. La factibilidad de un asalto está a la vista, no hay que calcular nada. El pasillo de la estación se ha quedado



solo, incluso los taciturnos taxistas se han ido ya con su cliente o su víctima, según el caso. Hay que moverse rápido, esto no pinta bien —piensa para sí el doctor—.

Pasan algunos segundos en los que calcula la velocidad con la que podría jalar su maleta y su pesado cuerpo a través del espacio en cuestión, pero resuelve que serían más rápidos sus acechantes y desecha la opción. Desesperado, recuerda con nostalgia el esbelto cuerpo de su corta juventud, pues de adolescente pasó a gordo investigador, sin “tocar aro”.

Aquel río de tacos, cuyo margen opuesto no puede alcanzar, le recuerda a sus compatriotas tratando de cruzar el río Bravo, atisbados por los guardias fronterizos.

—Eso es, ¡necesito un Pollero!
—colige el hombre.

Voltea hacia atrás para cerciorarse de que el vacío sigue ahí.

—¡Hey tú! —le grita a un joven que vende hotdogs; éste lo mira con precaución.

El carrito está a unos cinco metros. Insiste el doctor con voz queda, como quien imprime un sonido raspado a su voz para infundir aire de secreto a sus gritos:

—Oiga ¿tiene salchichas con tocino? —El vendedor asiente con displicencia...

—Me da uno, por favor.

El hombre coloca una salchicha previamente cocinada sobre el comal y ésta empieza a chasquear. El ruido de cocción, se acompasa con la música estridente que proviene de las grabadoras de negro newyorkino del resto de los puestos de fritangas. Sólo los leds multicolores, todos ellos en la fase roja del medidor analógico, irrumpen la nitidez del oscuro nocturno.

—¡Joven! ¿Puedes traérmela acá?

El muchacho, que tiene una pierna en el suelo y otra sobre la llanta,

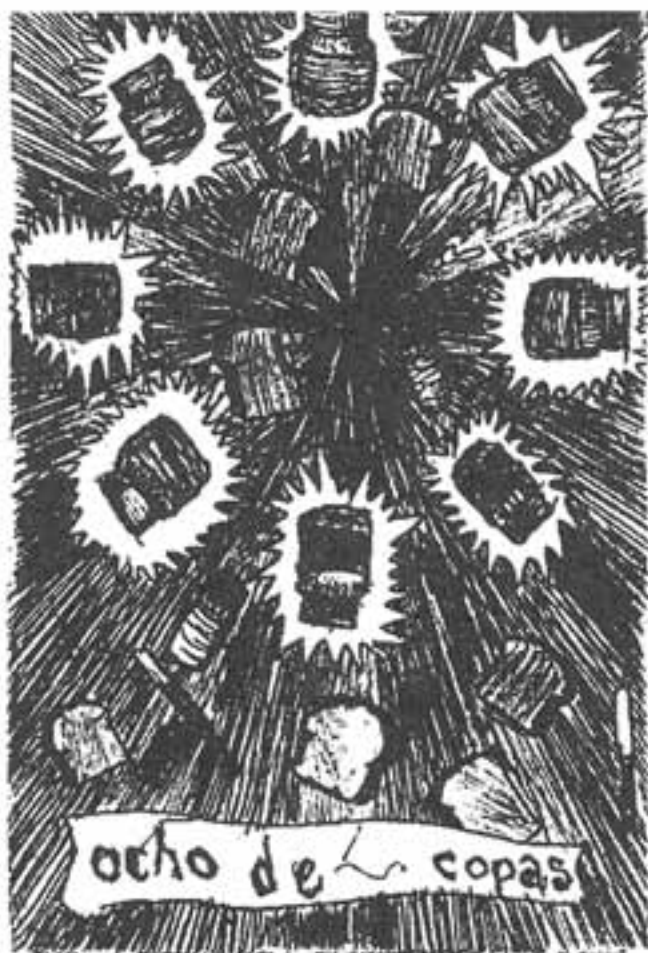


responde con un movimiento aproximativo y una mueca de disgusto. Sin embargo, es claro que comprende el porqué de la petición, pues de otra manera no hubiera accedido a mover la montaña a Mahoma. Coloca el carro horizontal a la puerta, los hombres de la penumbra siguen con atención el desarrollo de las acciones. Está lista la salchicha, su soporte y los aderezos. El doctor está un tanto estragado por la peligrosa situación y no tiene nada de apetito, así que recibe el alimento y acto continuo se lo arroja a un perro husmeón, que sigue al móvil como rémora, lamiendo del piso la estela de grasa que deja tras su movimiento. No hay luz en la puerta de la estación; el vendedor, su carro y el profesor conforman una silueta informe para quien los observa a distancia. El doctor le pregunta en voz baja al joven, que se ha colocado nuevamente en posición de despachador (con la pierna sobre la llanta):

—¡Oiga! esos...

Alcanza a decir antes de que el joven lo interrumpa con una seña di-

simulada que apunta al compartimiento inferior del carrito, la cámara donde se guardan las reservas del pan, las salchichas y las salsas. A continuación el joven indica con voz muy baja, casi para la lectura de sus labios, ¡Sólo métase! El recién arribado a la ciudad, entendido de lo que se estaba haciendo, finge retornar hacia adentro de la estación y regresa al puesto rodante a gatas para que las sombras no lo vean. Abre la portezuela de aluminio e introduce su maleta y a sí mismo a continuación. Una vez dentro, muy apretado entre las bolsas de pan y los refrescos, se acomoda con la cabeza entre las piernas y cierra la escotilla. Transcurren algunos minutos, durante los cuales el expendio rodante permanece estático, hace calor ahí adentro, algunas gotas de cebo del tocino caen desde el comal y se depositan sobre la ropa del pasajero y de vez en vez queman su piel. En cada contacto con el líquido incandescente, Gatija emite un aullido sordo, conteniendo los gritos de dolor, y comienza a sudar copiosamente. Al final, tras la prudente espera para despistar, comienza la marcha. No hay ningún orificio por el cual el transportado pueda asomarse, el ins-



tante se conforma de blandor de pan, humo de tocino, ¡ouches! reprimidos, olor a humanidad, encorvamiento y expectación. Repentinamente, el móvil se detiene y una voz pregunta:

—¿Dónde se fue el güero, pinche Cuirio?

—Se clavó de vuelta en la estación— responde el solapador.

—¡Hijo de la chingada, ya se nos peló! —comenta otra de las sombras.

Finalmente participa amenazante el tercer interlocutor.

—¡Nada más nos choreas pinche Cuirio y te vamos a abaratar!

Un puntapié acompaña aquella amenaza y sacude fuertemente el móvil, la grasa incandescente brinca y se deposita como lluvia ácida sobre los cueros del doctor, quien a través de imprecaciones sordas, contiene un alarido tan sofocado que sus ojos parecen abandonar definitivamente su rostro. El investigador de excelencia siente asfixia, ha consumido prácticamente todo el oxígeno disponible en aquella cámara oscura, su corazón imprime ritmo de *stacatto* al ahogo y un tamborileo desquiciante se apodera de sus oídos. Su instinto lo lleva a tratar de salir de aquella mazmorra, pero al intentar incorporarse, su cabeza se golpea contra la bandeja de cocción y vuelve a *achichinarse* la piel. El universitario siente un gran mareo y desvanecimiento, la conversación intimidatoria continúa en el exterior.

—A ver Cuirio, ahorita que regresemos de ponerle una calentadita al güero, quiero que nos tenga la cena lista, porque ya me caigo de hambre. El tono de orden está dado por el trato de "usted" que imprime el de la voz de pito.

El Cuirio responde dirigiéndose a quien le ordenó los hotdogs:

—Pinche Popochas, siempre te quieres pasar de lanza ¿qué no ves que no saco ni para pagar?

Los tres mangantes ríen un poco forzadamente, el Popochas con voz aguda y aguardientosa, típica de los hombres muy gordos, agrega:

—¡Usted trabaje, que para eso soy su padre! y ríen nuevamente como si fuera la puesta en escena número 100 de ese albur.

—Ya sabes, hijo de la riata, tres salchichas con har- to chile —agrega uno de los hampones del Popochas, en buena medida para rendir pleitesía a su superior y en segundo término, agrada- do por la idea de rellenar el estómago.

Los agresores desaparecen, dejando su estela de risas e improperios. Continúa el movimiento, mientras rueda lentamente la grasosa mazmorra, el Cuirio habla con voz atribulada pero clara para el pasajero:

—Ahí lo que sea su voluntad.



breve pero incómodo encierro. Abre ligeramente la escotilla para poder ver su cartera, calcula que el Cuirio, por su culpa, tendría que invitar tres salchichas y tal vez recibiría una golpiza si consideraban los forajidos que los había engañado. No sabía cuánto le podría haber costado la hospitalización por el navajazo en el vientre que el Popochas le hubiera propinado pero claramente imaginaba que mucho dolor y pesar. Posiblemente le debía la vida al Cuirio, así que saca un peso para pagar el metro y deposita el resto del efectivo en la bandeja del dinero oculta dentro del carro.

Una vez detenidos en la nueva plataforma, deja nuevamente a gatas el móvil, el perro rémora lo husmea y lengüetea, interesado en las gotas de grasa de su camisa. Gatea algunos metros dentro de la estación del metro, acatarrado por la actividad degustatoria del can, después con mucha dificultad se incorpora, hasta la posición más erecta que le permite adquirir su achacosa espalda, y finalmente amaga una patada para liberarse de la sanguijuela peluda. Maltrecho por el largo viaje, el traslado furtivo y la exótica vejación, se dispone, bastante exiguo de moral, a rifársela en la siguiente prueba de amor a la que la celosa ciudad lo somete antes de permitirle llegar a casa ◉

Gatija regresa en sí con la entrada de aire, al continuar la marcha del expendio. Una vez fuera de peligro, logra dominar la claustrofobia, generada por su

